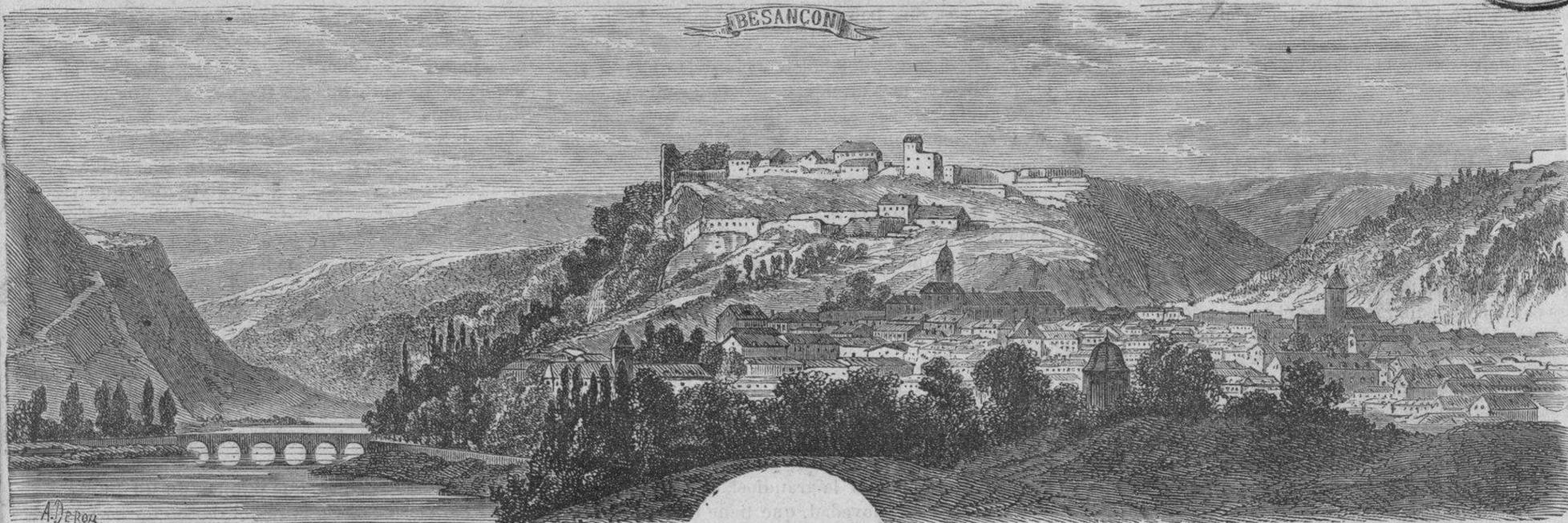


El Periódico ilustrado.



Número 32.

DEL 12 AL 19 DE OCTUBRE DE 1865.

ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.^o
DESPACHO CENTRAL. CUATRO CALLES.



SUMARIO.—*Algunos hombres del día.*—*Revista de la semana*, por Palacio.—*París de día y París de noche*, por Belza.—*El canario y el gato*, por R. Cau-
la.—*El arca de Noé*, por F. de Zulueta.—*Las aguas de Albano.*—*Melodia*,
por Valentino.—*Besançon.*
LÁMINAS: Besançon.—Hombres célebres contemporáneos.—París de día y
París de noche.—Un paseo de S. M. la Reina y su augusto esposo.

EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscripción.		UN NÚMERO
Madrid. . .	Un año 24 rs.—Seis meses 12 rs.	4 cuartos en MADRID.
Provincias. Un año 28 »	—Seis meses 14 »	
Ultramar. . .	Un año 80 » —Seis meses 50 »	5 cuartos en PROVINCIAS.

ALGUNOS HOMBRES DEL DÍA.

Como ofrecemos y venimos cumpliendo desde la aparición de nuestro semanario, hemos dado ya al público una porción de retratos y biografías de eminencias contemporáneas, de hombres ilustres, sin limitar nuestro trabajo á los que proceden exclusivamente de un país determinado. Para nosotros son lo mismo españoles que rusos, franceses que italianos, alemanes que ingleses, con tal de que por cualquier motivo ó concepto se hayan hecho célebres en sus respectivas condiciones ó carreras, y dignos de la consideración pública, así que, sin penetrar en las altas regiones de la política, terreno que nos está vedado, publicamos á continuación los retratos de los Sres. Behic, Duruy y Boudet, tres eminencias que en el vecino imperio por sus actos, sus discursos y sus respectivas posiciones han llamado y continúan cautivando la atención pú-

blica. Daremos muy ligerísimos apuntes biográficos sobre estos célebres personajes, pero suficientes para el objeto que nos hemos propuesto.

Aparece el tercero la bondadosa y patriarcal fisonomía de Mr. Paul Boudet, hace poco ministro del Interior, y hoy día senador y secretario de aquel alto cuerpo. Mr. Boudet nació en Laval en 13 de noviembre de 1800, y en sus primeros años se dedicó á la carrera del foro; pero sus compatriotas le enviaron en 1834 como su representante á la Cámara de diputados, y más tarde 39,966 votos le eligieron para ocupar su asiento en la Asamblea constituyente. Su talento, su experiencia, su actividad y penetración para los negocios hicieron de él un eminente hombre de Estado, y fué elegido para el puesto que acaba de dejar, y en el cual ha prestado á su país relevantes y eminentes servicios.

Otro de los retratos es el de Mr. Victor Duruy, ministro al presente de Instrucción pública. Nació en los

Gobelins é hizo sus primeros estudios en la calle de Postas, dándose primero á conocer por su esclarecido talento en la universidad de París. En la escuela normal completó sus estudios, y despues de haber ejercido por algun tiempo el profesorado de historia en Reims, fué en el colegio de Enrique IV y en el liceo San Luis, donde vino á ilustrarse y hacerse célebre en la enseñanza. Su *Geografía política de la república Romana y del imperio*, su *Geografía histórica de la Edad media*, su *Historia Romana* y su *Historia Griega*, y finalmente los cincuenta volúmenes de *Historia universal*, publicados bajo su direccion, son obras suficientes para elevar á un grado superior el talento de este hombre eminente; y la antigua Sorbona, que ha visto recibir á Mr. Duruy doctor en 1833, le ve todos los años, llena de satisfaccion y de orgullo, presidir la distribución de recompensas á los laureados del curso general.

Mr. Armando Behic, ministro de Trabajos públicos,



S. E. Mr. Behic.

S. E. Mr. Duruy.

Mr. Boudet.

HOMBRES CÉLEBRES CONTEMPORÁNEOS.

de agricultura y de comercio, y cuyo retrato aparece en la misma página y al lado de sus compañeros, pertenece á una provincia donde las cuestiones industriales son estudiadas prácticamente. Ha sido diputado por Valencienes; tomó asiento en el Consejo de Estado y preside el Consejo de administración de las mensajerías imperiales. Antiguo discípulo del liceo Bonaparte, asiste siempre á las reuniones anuales de sus condiscípulos.

J. BELZA.

REVISTA DE LA SEMANA.

Muertes, asesinatos, fiero estruendo, esto es lo único que ocurre en Madrid hoy día de la fecha, en tanto que la atmósfera nos regala una menuda lluvia; que los capitalistas emigran, y que el terror asoma por todas partes su rostro amarillento, llevando la duda y la tristeza á los corazones.

Porque ya se puede decir impunemente, y sin riesgo de sorprender á nadie; el viajero misterioso, cuyo saludo equivale á un *requiescant in pace*, ha llegado, y se entretiene estos días en recorrer las calles de la coronada villa, que conoce por lo visto tan bien como el Sr. Mesonero Romanos.

Dice un amigo mio que hay tres cosas que no pueden ocultarse en un pueblo, porque se conocen á la legua: el hambre, el cólera y la revolución. En efecto; cualquiera que examine hoy la fisonomía de Madrid se convencerá que aquí pasa algo grave, y que vivimos, como suele decirse, con la muerte al ojo. Estuve el domingo en Capellanes, y salí de allí profundamente conmovido: habia algunas muchachas, pero ni una sola me habló para darme broma; las dos ó tres que lo hicieron fué para pedirme que las convidara á cenar, por si era la última vez que nos veíamos. La poca gente que concurre á los teatros está silenciosa y preocupada; los chistes de Caltañazor no hallan eco en el público, ni tampoco las exageraciones de Catalina. Yo aconsejaría á las empresas, que para animar un poco los espectáculos, nos dieran alguna noche obras de esas que provocan una silba segura, siempre más fácil de obtener que el aplauso. Verdad es que las empresas dirán á esto que precisamente es lo que buscan ofreciéndonos á menudo juguetitos como *La Cuestion de Oriente*, y dramones como los que resucita Novedades.

Por supuesto que para esto de dramas, Novedades y el cólera se quedan cortos al lado de los autores de los crímenes cometidos últimamente en las calles de la Ruda y de Barriónuevo. La perversidad humana llega en algunos seres á tal extremo, es tal la bajeza de ciertas almas, que hay momentos en que desearia uno aislarse de la sociedad, ó cuando ménos constituir una sociedad tranquila, compuesta de gentes que no hubieran reñido jamás con nadie, como un general que yo conozco. Desgraciadamente esto no es posible, y ovejas y lobos tenemos que vivir todos revueltos, sin lo cual no conoceríamos la belleza del contraste, ni el principal placer de la existencia, que estriba en su misma inseguridad.

De todas las desgracias acaecidas estos días, las dos que han causado sensación más profunda han sido las que han producido la muerte del Excmo. señor D. Joaquin Francisco Pacheco, y la del conocido y estimado carbonero Sr. Parrondo, víctimas, el primero de la enfermedad reinante, y el segundo de un feroz homicida, poseído quizás del demonio de la cólera, peor mil veces que su tocayo masculino.

El Sr. Pacheco, que habia ocupado los más altos puestos en política y administración, era una de nuestras glorias literarias, como lo demuestran sus estudios sobre la Italia, y la multitud de artículos y poesías sueltas que escribió, muchos de los cuales se han coleccionado últimamente por los conocidos editores San Martín y Jubera.

Respecto al Sr. Parrondo, era un honrado industrial, cuya casa estaba siempre abierta á los menesterosos, y cuyo entierro ha sido una verdadera manifestación de aprecio popular.

Como comprenderán ustedes, siendo estos los sucesos más culminantes de la semana, claro está que la semana ha sido muy poco entretenida; algo, sin embargo, ha pasado en ella de agradable, y bueno es consignarlo aquí, para borrar la impresión que nos han dejado otras cosas.

Asistimos el domingo último al ensayo general de

La Africana, para el cual la empresa invitó galantemente á la prensa y á lo más es ogido de la sociedad de Madrid. Así es, que todas las localidades del inmenso teatro estaban llenas, produciendo el efecto de una primera representación, á lo que contribuía el que el ensayo se hizo con luces, decorado, trages y demás accesorios. Debemos decir, en honor de la verdad, que la empresa salió triunfante en la difícil prueba. La ópera, en su totalidad, nada deja que desear; el aparato es lo más grandioso que aquí se ha visto, y tanto el director escénico Sr. Harris, como el pintor Sr. Ferri, merecen el más cumplido elogio por sus trabajos.

En cuanto á los cantantes, los que sobresalen en primer término son la Sra. Rey Balla, destinada sin duda á ser la artista favorita del público, y el barítono Sr. Bonehée, que se manifiesta en su papel de Nelusko á la altura de un gran maestro. Del tenor Steger no se pudo juzgar en el ensayo, pues siendo su parte de una gran dificultad, y hallándose además muy cansado, apenas hizo más que indicar las principales piezas. Con todo, nos pareció que tiene gran extensión de voz, y que canta con gran espresion y seguridad, cualidades que merecen aplauso. El resto del cuadro está perfectamente entonado, y corresponde hasta en sus menores detalles á la grandiosidad del conjunto.

Después de esta novedad, que tiene toda la importancia de un gran acontecimiento, la única que merece mencionarse es el estreno por la compañía del Príncipe de una pieza de nuestro querido amigo y compañero Eusebio Blasco, titulada *La mujer de Ulises*, que le ha valido una ovacion tan lisonjera como merecida. No esperábamos otra cosa los que le conocemos á fondo, y sabemos que puede aspirar todavía á más altas empresas.

M. DEL PALACIO.

PARIS DE DÍA Y PARIS DE NOCHE.

Lo mismo que de Paris, pudiera decirse de Londres y de Madrid, y algunas otras grandes poblaciones, en las que, en mayor ó menor escala, el movimiento y la animación es continua, y puede muy bien creerse que ni hay noche ni día para la subdivision de tiempo de reposo ó animación. Sin embargo, este movimiento, esta vida tiene en cada una de estas grandes localidades su fisonomía especial y esclusiva, y que si bien en ciertos puntos se asemeja ó es exactamente igual, en otros es completamente distinta.

En Madrid, hace algunos años, en época no muy lejana, era una cosa rara ver á las dos de la madrugada más de tres personas en la calle; nada turbaba el silencio y el reposo, como no fuera la voz de los serenos, el ruido de los carros de Sabatini, con sus colosales ruedas, y la presencia de los traperos que pululaban alrededor de los montones de basura depositada por los vecinos en el centro de la calle, pasadas las once de la noche. La luz de los faroles se extinguía, y las calles de Madrid quedaban sumidas en la oscuridad más completa. Apenas se permitía á alguna taberna, ó alguna que otra tienda de andaluces contravenir las órdenes de la policía, albergando en su recinto media docena de parroquianos hasta la una ó las dos, y esto con muchas precauciones, recomendando el silencio, y esponiéndose á una crecida multa si era sorprendido por los agentes de la autoridad. En el día, todo esto ha cambiado completamente: las calles, iluminadas hasta el amanecer, permiten ver, particularmente en el centro de la población, centenares de personas que discurren de un punto á otro, de café en café, de tertulia en tertulia, seres estremadamente felices ó escésivamente desgraciados, que se entregan á los placeres á que su buena fortuna les convida, ó que buscan un albergue donde descansar algunas horas, y proporcionarse algun recurso para el siguiente día. Los cafés, en su mayor parte, se encuentran abiertos y resplandecientes de luz hasta las dos de la madrugada, otros hasta las tres, y alguno que otro no cierra jamás sus puertas; el servicio de camareros se releva de seis en seis horas, y solo permanece vacío el tiempo que dura la limpieza. La monótona voz de los serenos apenas se escucha de vez en cuando, y el característico tipo del traperero va desapareciendo. En cambio, á las cuatro de la madrugada, una espesa niebla de polvo envuelve las calles de la villa; las colosales escobas de los barrenderos de la municipalidad van amontonando de trecho en trecho

las basuras que más tarde vendrán á recoger los carros llamados generalmente de la limpieza, y que las más veces se asemejan á la *rodilla de Mariquita*, que ensucia más que quita; y finalmente, las burras de leche, con sus características campanillas; las buñoleras, los tahoneros, los repartidores de periódicos, los cajistas que se retiran de las imprentas, los trabajadores que se dirigen á sus talleres, etc., etc., invaden nuevamente las calles, prestándoles nueva vida, cuando parecia próxima á extinguirse, y una animación distinta y más pronunciada.

Los grabados que hoy ofrecemos en el centro de nuestro semanario se refieren á Paris, y el autor ha creído deber adoptar dos grandes divisiones, que signifiquen las diversas fases del Paris de día y el Paris de noche. Pero estas divisiones, ¿pueden establecerse? El simbolo egipcio de la eternidad, la serpiente mordiendo la cola, ¿no es la viva imagen del círculo de agitación en que gira sin cesar aquella capital inmensa? ¿Puede precisarse el momento en que empieza y concluye la jornada? ¿No existen allí, como aquí, pero allí en mayor y más crecidísimo número, millares de hombres que por necesidad ó por gusto hacen del día noche y de la noche día? A las doce de la noche, el centro de Paris permanece aun resplandeciente de luz, lleno de transeuntes que pululan de un punto á otro, y para los cuales la hora del reposo no ha sonado todavía, precisamente cuando ya esta ha cesado para numerosos artesanos y trabajadores, que dejando el mullido ó duro lecho, dan comienzo á sus faenas habituales. Los hortelanos y cultivadores de las afueras de la capital se dirigen en sus carros pesadamente hácia los mercados centrales, á depositar en ellos sus legumbres y verduras; los carniceros y cortadores comienzan en los mataderos su penosa tarea; los panaderos se agitan al lado de los hornos, como demonios en medio de atmósfera incandescente, en tanto que los guardas de las obras, helados de frío, recogen algunos pedazos de leña para formar una hoguera que les proporcione pasar ménos mal las horas que restan de noche.

En tanto que alegres orgias ó deliciosas cenas son servidas en los primeros restaurans, que las gentes de alto tono bailan y se agitan en los suntuosos salones del *Faubourg Saint German*, barrio habitado por la nobleza antigua; los traperos persiguen en sus viajes de exploración entre la basura un trozo de papel, ó un pedazo de asqueroso trapo. El mugido monótono de las máquinas que tiran los periódicos de la mañana se hace sentir muy perceptiblemente, y los plegadores y repartidores esperan con impaciencia los pliegos, húmedos aun, para echar á correr á donde les llama el cumplimiento de su obligación. Todos rivalizan en celo y actividad para no faltar á ella.

Apenas el alba empieza á blanquear los tejados, los obreros parten para sus talleres, las lecheras se instalan en los portales que tienen de costumbre, y un poco más tarde trotan en *negligé* de mañana las modistas, costureras, chalequeras, floristas, ribeteadoras, etc.

A las ocho ó á las nueve la circulación es mucho mayor, la animación crece; las escaleras gimen bajo el peso de los aguadores; los dependientes de comercio corren á sus almacenes, los empleados á sus oficinas respectivas y todos aquellos, en fin, para los cuales y efecto de sus ocupaciones y deberes, el día y la noche empiezan siempre á la misma hora.

A las diez se abren las Bibliotecas, los Museos, y á las doce el palacio de la Bolsa; silencioso toda la mañana, empieza á cobrar una vida y una animación que no es fácil describir, y que solo puede formarse de ella una idea escuchando su atronadora algarabía. Cuando la Bolsa se cierra, la multitud afluye á los Campos Eliseos, relativamente solitarios hasta aquella hora.

Desde las cinco de la tarde aquella misma multitud invade los boulevares, donde el tránsito á veces se hace casi imposible; los cafés se llenan de gente; las fondas y restaurans preparan sus elegantes mesas y sus mejores servicios, y cierto olorillo que se desprende de las cocinas, escita el apetito de los más desganados. Al llegar la noche y en tanto que los empleados de telégrafos espiden multitud de despachos telegráficos para todas las partes del mundo, la juventud dorada de ambos sexos come en la *Maison d'or*, en casa de Bignon, ó en el café Inglés para dirigirse en seguida á lucir sus talentos coreográficos en *Chateau de Fleurs* ó en *Mabilille*.

Los teatros se llenan de gente, y cuando á las doce

y terminada la función cierran sus puertas, arrojan sobre los boulevares un contingente de más de treinta mil almas, que se apresuran á volver á su domicilio, si antes no se detienen á cenar ó refrescar en cualquiera de los cafés, que permanecen abiertos esperando su última visita. ¿No tenemos, pues, razón de decir que en las grandes poblaciones, y más particularmente en París por sus condiciones especiales, no existe día ni noche? Es el movimiento continuo.

J. BELZA.

EL CANARIO Y EL GATO.

Fábula.

Un hermoso canario Blas tenía
Que con afán cuidaba,
Sobre todas las cosas lo quería;
Pensando en su canario se dormía
Y en él también pensando despertaba.

A tanto amor correspondía ufano
El noble pajarillo,
Yendo alegre á comer el rubio grano
Sobre la tierna y generosa mano
Del amigo Blasillo.

Un gato de excelentes condiciones
Tenía Blas también, gato muy listo,
Que probara en distintas ocasiones
Una destreza en caza de ratones,
Como nunca se ha visto.

Sucedió cierta vez que de matanza
De ratones el gato ya cansado,
Concibió la esperanza
De regalar la panza

Con un manjar más tierno y delicado.
En el pobre canario puso el ojo,
Acechando paciente
Una ocasión propicia á tal antojo,
Y arrojando de Blas el fiero enojo,
Donde pusiera el ojo, ¡clavó el diente!

¡Oh situación de sangre y de horror llena!
Con furor insensato,
Ciego Blas por la pena
Al contemplar aquella triste escena,
Empuñó un asador... y mató el gato!

Blas el gato mató... y esto es muy cierto;
Mas, ¿logró por ventura
Volver la vida al pajarillo muerto?
¿Algo ganó con su conducta dura?
Perdió, por el contrario,
El tan famoso gato y el canario.

*Te pregunto lector: aunque castigue
La sociedad, por medio de sus jueces,
Un crimen con la muerte, ¿qué consigues?
Lo que ha logrado Blas: perder dos veces!*

REMIGIO CAULA.

EL ARCA DE NOÉ

POR

D. F. DE ZULUETA.

I.

Os voy á hablar de la casa en que habita.
No quiero hablaros de ella.
No podría hacerlo. La amo tanto, que embarga mis
potencias y sentidos su solo recuerdo.

Pero en cambio os puedo hablar de todo cuanto la
rodea.
Todo ello tiene para mí un encanto irresistible. En
todo veo á ella; en todo miro su delicado corazón, sus
sentimientos tiernos y puros.

Hay una casa en Madrid, en una de las calles más
aproximadas al centro, de nueva construcción, de sen-
cilla fachada, esquina á otra calle que atraviesa la
primera y con la que forma el edificio un ángulo bas-
tante agudo, cortado por un charrán de ventana, y en
cuyo tejado se alza una cruz de hierro de más que
regulares dimensiones.

Nueve balcones á la calle principal, con persianas
verdes, otros siete y dos ventanas con persianas tam-

bien á la otra calle, tres pisos en la mitad de la facha-
da principal, y cuatro en la otra mitad y la otra facha-
da, un cuarto bajo de altas rejas; rejas en los sótanos,
cuyo zócalo es de piedra, y un elegante portal que
tiene una vasta escalera; tal es la mansión que estoy
contemplando diariamente, impulsado por el novelesco
sentimiento que nos lleva siempre á caza de aventuras,
y que ordinariamente esclaviza nuestro corazón y
decide de la ventura ó de la infelicidad de toda nues-
tra vida.

Cuando desde lejos diviso dicha casa, mi primera
mirada se dirige á ver si distingo en algún balcon á la
señora de mis pensamientos. Voy con el baston de
borlas de correa enlazado á la muñeca y empuñándolo
en actitud de llevar la espada en un desfile; miro, y
siempre me confundo, siempre creo que se asoma; y
es que como ella vive en el tercero, y el tercer piso está
separado del cuarto por una pequeña cornisa, y yo
soy algo corto de vista, lo primero que noto es la corni-
sa que dá vuelta al edificio sobre uno los balcones;
tomo á la cornisa por la cabeza de una persona, y lle-
go y mi ilusión se desvanece.

Veo despues las macetas que están en su balcon.
¡Sencillas y aromáticas plantas cuyo perfume llega á
confundirse con el perfume virginal de la niña de
mis ojos, yo os envidio todas las mañanas cuando ella
asoma con su bata blanca, que vibra á las ondulacio-
nes de su turgente seno!

Despues distingo el sonoro pajarillo que en dorada
jaula la despierta con la melodía de los matinales gor-
jeos, alegres trinos no tan bellos como los armoniosos
ecos que ella hace sonar al piano, cuando sus peque-
ños dedos se deslizan por el marfil del teclado.

Bajo la jaula del pintado canario veo otra más mo-
desta, aunque más grande; veo la jaula del loro que
todos los días está preguntando: «Maruja» «Maruja»
«Marujilla» y ella se asoma, y le dá de comer, y le en-
seña nuevas frases.

¡Quién fuera el avecilla de las doradas rejas que la
vé todas las mañanas! ¡Quién, cual el loro, pudiera de-
partir amigablemente con ella y recibiera de su blanca
mano el delicado manjar que ella cuidadosamente
guardara!

Yo miro todo esto y me conmuevo, y voy por
las mañanas, á verla hablar con el loro, hacer fiestas
al canario y regar las macetas, cuyos tallos se inclinan
dulcemente ante las perlas que ella con cariño las
vierte.

Lector, tu te ries: luego no estás enamorado. Si lo
estuvieras, si lo hubieras estado, cien veces hubieras
hecho lo mismo.

II.

Mírala. Su cabello agitado por el viento recuerda el
peinado de la noche anterior; sus labios tan rojos, la
frescura de su tez y acaso la candidez de su alma:
las pequeñas ojeras que circundan sus ojos quizá de
insomnios ó de locos ensueños. ¡Ah! palpita su seno
con emoción; es indudable, ella ha soñado, ha soñado
con un amante; ¡si ese amante fuera yo!

Maldito sea el inventor de las persianas; ahora se
la ocurre cerrar la de su balcon; ¡diablo de chica! y es-
tará mirando por detras de ella impunemente. Nada;
pues señor, me he quedado á la luna de Valencia ó al
sol de Antequera, como guste el lector, que sol y luna
hay en el cielo, mientras yo me quedo papando mos-
cas en la tierra.

Vamos á la esquina de enfrente: afortunadamente
la tapia tiene sombra, que sino, me pondria más more-
no que la Virgen de Atocha. Ea; ya estamos. Obser-
vemos.

Allí se abre un balcon. ¡Victoria! ¡Victoria! Será ella:
me habrá visto. ¡Calla! pues es un mono ¡un mono! ¡y
que alegre salta y brinca! le ata el criado á la balaus-
trada del balcon; se sube, se baja, anda en cuatro ma-
nos, en dos; se retira el criado; ¡y qué haya yo venido
hasta aquí para contemplar á un mono!

Me vuelvo mico.

En aquel penúltimo hueco debe hallarse situada la
cocina, pues está hacia el final de la casa y es una ven-
tana: se abre esta; ¡justo! lo que yo decía; ¿qué es
aquello blanco? ¡ah! un gato, y yo que creía...

El gato mira al mono, el mono mira al gato. Pare-
cen dos enamorados. Tan ridiculos están uno enfrente
de otro.

¡Venturosos animalitos! ¡cuántas veces la mano de
mi adorada habrá acariciado al pantomimico bicho!
¡cuántas el zapaquildo ese habrá jugueteado á sus piés
ó comido las sobras de su plato!

Decididamente vale más ser canario, loro, mono,
gato de la casa de mi adorada, que ser su amante: ellos
la ven á todas horas, son festejados por ella, ocupan
en parte su pensamiento, y yo aquí, pegado á esta es-
quina, solo consigo esponerme á que me salpique de
piés á cabeza cualquiera de las bombas de riego de
la calle.

Voy á destrozar esta tapia segun el yeso que he der-
ribado ya con el baston de tanto estar dále que dále,
desesperado de hallarme de cuerpo presente ante la
curiosidad é insolente contemplacion de los vecinos.

¡Hola! ¡hola! La segunda persiana de esta otra fa-
chada se mueve; ¿quién será? aquí solo pueden dar el
comedor ó las piezas interiores de la casa. ¡Es un
hombre! un criado, un asistente quizás, pues su as-
pecto es algun tanto marcial.

¿Qué hace? Empieza á silbar. No será á mí, que no
soy artista de ningun coliseo ¡Ah! Ya ves, es un perro
á quien llama; ¿será algun perro del mismo domicilio?
Lo dicho; el animal estira las orejas.

—A casa, á casa, dice el fámulo.

¡Quién fuera perro!

Otro balcon que se abre, pues me van á pasar re-
vista todos los habitantes de la colonia: es la domés-
tica, que sale con el plumero enarbolado; me ve y se
rie la mofletuda Maritornes.

¿Canta? Si; ¿qué cantará?

*Yo te quisiera querer,
Y tu madre no me deja;
En todo se ha de meter
El demonio de la vieja.*

III.

—¡Qui, qui ri qui!

—¿También hay gallos en esta casa? Aunque fuera
esto una sociedad de aclimatacion doméstica. Si se
reunen el gallo y el loro, el perro y el gato, y el ca-
nario y los ratones en la sala, será un Congreso en
que de seguro no se hallará mayoría para nada. Suce-
derá lo que pasa siempre, que el pez más grande se
tragará al más chico. Y á propósito de peces, es im-
posible que no tengan también alguna pecera, con
sus correspondientes habitantes acuáticos, en alguna
rinconera, aparador ó consola.

Ya me voy cansando de tanto esperar: quien espera
desespera. Tocan á misa. ¡Si la oyera Marujilla todos
los días, esta era buena ocasión!

Cuando dije que aquel criado era un asistente; di-
cho y hecho. Allí viene un ordenanza con un caballo
del diestro; ¿apostamos á que es para el papá, que sal-
drá á dar una vuelta con el airecito de la mañana? El
asistente asoma la gaita. ¡Cabalito! Entra á avisar. Do-
blemos la esquina, no nos vea su señoría nuestro fu-
turo suegro. ¡Qué solitaria está la calle! Afortunada-
mente, por aquí no vienen de continuo las escobas
municipales á ponerle á uno como nuevo.

El caballo del papá viene por aquí ¡justo! y al trote.
Ya se acerca, va de paisano. ¡Se ha reido al verme!
No me importa; lo que yo deseo es que me quiera la
niña; lo demás, me es completamente indiferente.

El ganso del ordenanza se pone á mirarme de hito
en hito; esto es insoportable.—¡Eh! Al cuartel, que
ya es hora de rancho; ¡buenas y gordas! ¡Había de ser
gallego, para no tomarlo con calma! Se sienta en un
banco en el portal. Está visto, hoy voy á pasar el pur-
gatorio en vida.

Si reflexionase que soy el objeto constante de la ocio-
sidad de los vecinos, la diversion de los porteros, la
risa de los criados, la preocupacion de la pareja de
guardias veteranos que pasean esta calle, y el compa-
ñero del sereno del barrio, llegaria en mi desespera-
cion, quizás llegaria... á abandonar la centinela en
que me he constituido.

Pero no, ¡es imposible! Yo soy tan necesario en
esta calle, esta casa me es tan necesaria á mí como al
gallo, al canario, al loro, al perro y al gato.

Nabucodonosor, rey de Babilonia, se vió convertido
en una torpe bestia, y no debia irle muy bien en su
nuevo estado, cuando recibió como castigo tan triste
transformacion; pero yo yo creo que de buena gana
me trocara por uno de los animalitos de la casa.

¿Por cuál? hé aquí la dificultad; la eleccion.

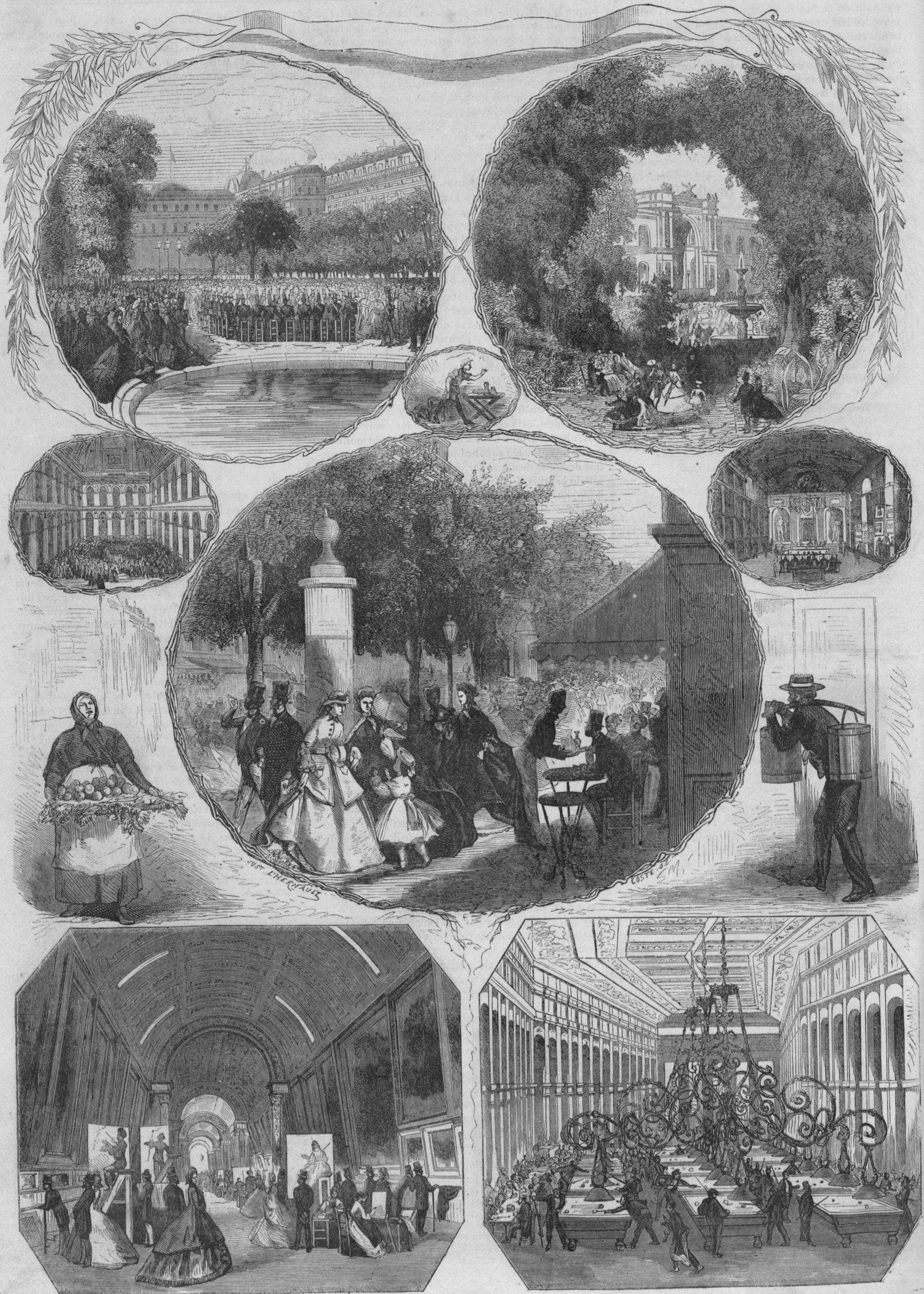
El mono es un animal ridiculo; se reiria ella de mí.

El loro es estúpido; la cansaria con mi charla.

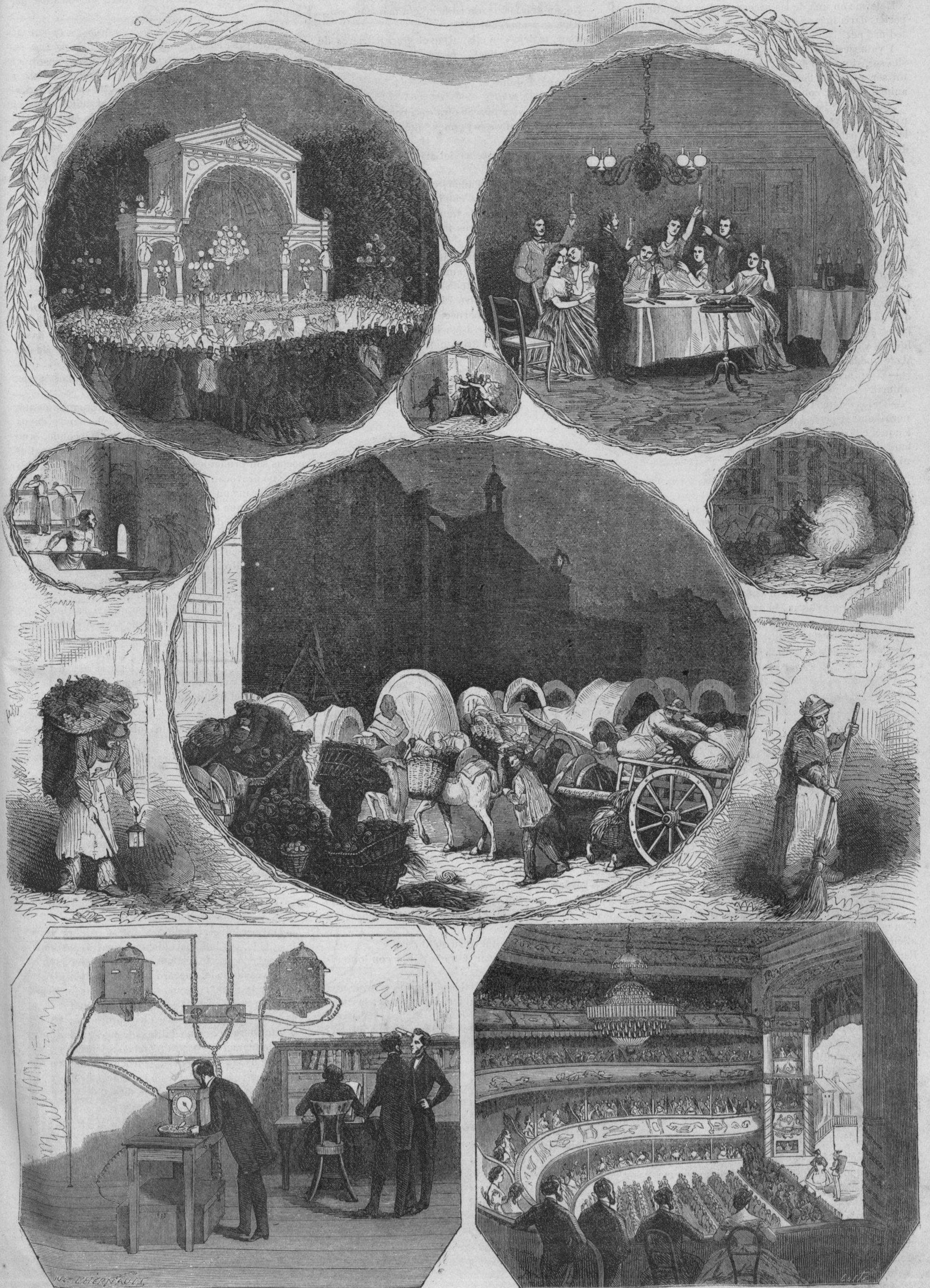
El perro es fiel, pero me trataria peor que á un
perro.

El gallo es un sultan... no me gustaria ella sola.

El gato... ¡si! Si fuera ella raton, yo me convertiria



Paris de dia.



Paris de noche.

en gato; porque la verdad, me la comería á besos.

Meterme en una de las peceras, sobre infundir sospechas daría lugar á que esclamase ella:—No está usted mal pez!

Y yo necesito ser otra cosa de lo que soy; yo necesito ser, si no uno de esos animalitos, un sér anómalo, un sér raro: de todas maneras, ya estoy hecho un animal por ella; conque, ¿qué pierdo?

¿Qué es eso? ¿se nubla el sol? No; es una bandada de palomas que va á su tejado. ¡Ah! Si mi corazón fuera la blanca paloma que revolotea á su alrededor, y la diera amorosamente cándidos palomínicos besos!...

IV.

—Chico, ¿qué haces ahí mirando á esa casa? me interpeleó mi amigo Manolo, que descargó su mano derecha de golpe y porrazo sobre mi hombro.

—¿Qué hago, qué hago? Estaba estudiando la historia natural.

—¿Qué reino? Porque en esa casa del mineral no veo más que el yeso, la cal, la arcilla y la piedra berroqueña, y del vegetal solo hay allí dos ó tres macetas que no se distinguen bien, como no estudies los artefactos del primero en el vidrio, el zinc, el plomo y el hierro, y del segundo, en las maderas y pinturas, nada te queda sino el...

—El animal, eso es, estoy en ese reino; soy un animal.

—Todos estamos en él, según Buffon y Linneo—género-homo-especie-sapiens; pero tu mirada se dirige á aquel cuarto tercero: de seguro que lo que tú pretendes contemplar nada tiene de animal, de terrenal ni de humano.

—¿Cómo?

—Tú quieres ver á un ángel.

—Sí, ella es un ángel.

—A mí también me gusta, y comprendo de veras que seas tú quien te halles en este momento en el reino animal, y pertenezcas á los cuadrúpedos.

—¡Manolo!

—¿No la estás haciendo el oso?

—¡El oso! ¿Qué frase tan vulgar?

—Vulgar ó no vulgar, tú erés el animal más risible de la casa.

—Te diré. Yo estoy aquí...

—Porque temes al gran cetáceo del papá.

—No, hombre, si ha salido.

—Entonces á la mamá, ¡oh! la mamá es una culebra...

—Según eso, la casa en cuestión solo tiene irracionales.

—Así es. Ya habrás visto un perro y un gato, un loro y un canario, un mono y un caballo y escucharías también á un gallo. Te respondo de que el papá es un cetáceo; el otro día devoró á mi vista en la fonda del Cisne medio javalí, y que la mamá sabe más que las culebras, ¿quién lo pone en duda?

—Ahora solo te falta comparar...

—A tu bella, á tu ángel con la tímida gacela que, escondida en la enramada, se oculta á las miradas del astuto cazador, que con el ponzoñoso dardo la espera en acecho...

—Calla, condenado, calla.

—Esa casa, en la que tu amor se cobija, es la mansion erótica donde se prepara una generación robusta, atlética, que al par de la escelencia de sus formas, brillará por lo claro de su talento, por el ardor de su patriotismo, por su desinterés, por su abnegación, por su....

—Chico, tú has almorzado fuerte.

—Nada de eso; tu generación (hablo de la suya, tu te casarás con ella), llegará á escalar los puestos más encumbrados de la patria.

—Manolo, por Dios.

—Tu amor, tu entusiasmo, tu adoración por esa chica.

—No grites tanto.

—Quiero gritar.

—¿Qué te pegó!

—Pegarme, ¡oh! si decía yo que tu estabas convertido en un habitante de esa casa.

—Pues, que tiene esa casa, para que yo me parezca...

—Un par de bestias y de aves de cada especie.

—¡Manolo!

—A ella te toca acojarte en el diluvio social que nos amenaza; tú saldrás ileso de la gran revolución, y parareis en el monte...

—¿De Piedad?

—No; en el bíblico; ese edificio, esa mansion, esa...

—¡Que se asoma, chico!

—Bien, te dejo con ella. ¡Qué el gran patriarca de esa mansion os bendiga!

—¡Un patriarca!

—El papá, hombre.

—¡Es ella! ¡Es ella!

—Adios; voy yo á buscar otra casa como esa.

—Otra casa como esta; ¿pues, qué tiene de particular?...

—Esa casa es el emblema del matrimonio.

—No te entiendo.

—Tú buscas en ella el amor, y el amor elevado á su última potencia, necesita cobijar en sí todos los elementos que constituyen la humana vida, variedad de seres que vienen á ser otros tantos pares de bestias y de aves...

—¿Pero, qué disparates estás diciendo; qué tienen que ver las bestias con el amor, las aves con el matrimonio, y esta casa con todo eso?

—Hubo un arca que salvó á la humanidad.

—El arca santa del tabernáculo.

—No; otra, á la cual se asemeja para tí esa casa, otra sustituida hoy por el matrimonio, que ha de salvar á la sociedad...

—Chico, hasta luego.

—El Arca de Noé.

F. DE ZULUETA.

LAS AGUAS DE ALBANO

DE

EMILIO SOUVESTRE.

(Conclusion.)

—¿Qué decis de hombres hábiles, á propósito de filantropía y de filosofía? exclamó Alfieri. Es demasiada indulgencia, caballero; los hombres que quieren esclarecer la mente del género humano, los que aman á sus semejantes como á ellos mismos, son los necios, los miserables... Los hábiles son aquellos que se aprovechan de los abusos en lugar de combatirlos; los que decoran su ignorancia y osadía con el nombre de razón; y los que sacan provecho y algun bienestar con el producto de todas las desgracias; egoístas infames que pondrían sin ningun escrúpulo fuego á la república, por el placer de calentarse en él las manos. Hé aquí los que saben vivir, los que es preciso imitar. La gente de pro arruina á los acreedores, deshonor el mayor número posible de mujeres, mata algunos amigos en duelo, y los asesina conservando la reputación de un hombre de moda perfecto.

Mientras que Alfieri hablaba, Marliano era presa de una irritación creciente. A las últimas palabras pronunciadas por el conde, se volvió bruscamente, y después, como si quisiese evitar á todo trance una cuestión, se adelantó hácia un sillón para tomar su sombrero, que lo había puesto allí.

—Perdon, dijo Alfieri, que afectó interpretar de pronto este movimiento; sin duda estoy hiriendo las opiniones de este caballero: sentiria obligarle á cederme el lugar....

Marliano arrojó de nuevo su sombrero.

—Yo no cedo el lugar á nadie, dijo con tono altanero.

Alfieri se inclinó, y sus labios dejaron entrever una ligera sonrisa. Durante algunos instantes, los tres interlocutores guardaron silencio. Celini estaba violento, pues no sabia el objeto que se proponía el conde, y el genovés evidentemente buscaba los medios de evitar una provocación.

Este se había acercado á la consola para respirar el perfume de algunas flores exóticas que en ella habia, cuando sus ojos se fijaron en una caja de pistolas que Celini, al volver del tiro, habia dejado en dicho sitio; este fué para él un rayo de luz.

Abrióla caja y tomó una pistola, que examinó jugando y se acercó á la ventana.

—¿Son buenas estas pistolas? preguntó á Celini.

—Ya lo creo: son pistolas de Corímo.

—¿Me permitís probarlas?

—Con mucho gusto.

Marliano miró por la ventana al jardín.

—Veo un flor, y creo que es una camelia, dijo neglentemente.

—¿Allá abajo? ¡Pero si está fuera del alcance del cañón!

Marliano tiró.

—¡Ah! caballero, exclamó Celini.

—La flor ha desaparecido, dijo tranquilamente el conde, que habia quedado al fondo de la habitación.

—Vos lo creéis una broma, pero esta es la verdad.

El conde se sonrió: habia comprendido que el genovés acababa de darle una prueba de su habilidad para atemorizarle.

—¡Vive Dios! Sr. Marliano, replicó Celini, que tenia sus ojos fijos en el sitio en donde habia estado la camelia; si alguna vez tuviera que batirme con vos, no elegiría la pistola.

—¿Por qué? preguntó Alfieri; ¿por lo de la flor?

—No; por mí.

—¡Bah! ¿y eso qué significa? No es raro ver desaparecer esa habilidad que admira en medio del peligro. Marliano hizo un movimiento.

—No digo esto por vos, caballero; pero el espadachin mas audaz no sostiene siempre la mirada de un hombre de corazón, y su conciencia hace alguna vez que tiemble su mano. Algunos hay que hacen gala de su habilidad, á fin de evitar una lucha seria, y hacer alarde de pruebas de destreza para dispensarse de dar una prueba de valor.

—¡Conde! exclamó Marliano, dando algunos pasos con aire amenazador hácia Alfieri.

—No digo esto por vos, repitió este tranquilamente.

—Esa seguridad es inútil, dijo Marliano, cuyos labios temblaban de cólera; ya sé, señor conde, que vos no os atreveríais á dirijirme tales palabras. Los poetas son prudentes; no insultan más que por alusión; no provocan sino atrincherándose detras de alguna precaución oratoria; y cuando se les arranca el disfraz con que cubren su insolencia, entonces finjen no apercibirse de lo que les dicen, y si se les obliga á contestar, invocan vergonzosamente el mal estado de su salud y escusan su honor con su enfermedad.

—Vos no direis eso por mí, ¿no es cierto? preguntó el conde dulcemente.

—Sed vos vuestro juez, caballero.

—¡Oh! no, replicó Alfieri; porque si así fuese, el Sr. Marliano sabe muy bien que podría pedirle una satisfacción.

—¿Quién os lo impide?

—Entonces, ¿reconoceis que tendria ese derecho? ¿Debo creer que vuestros ultrajes se dirigen á mí? ¿Que yo soy el insultado?

—Sea.

Alfieri se lanzó de pronto sobre el genovés, y cogiéndole una mano,

—Caballero, tengo la elección de armas, exclamó.

—¿Qué me importa?

—Vais á verlo.

Corrió á la consola, cogió las pistolas, y dirigiéndose á Marliano,

—Elegid, dijo.

—Pero una de estas pistolas está descargada.

—La otra no lo está.

—¡Qué! ¿vos quereis batiros?...

—Colocando cada uno el arma sobre el pecho de su adversario, y Dios decidirá.

—¡Es imposible! exclamó Marliano.

—¡Oh! perdonad, caballero, contestó Alfieri; yo soy el insultado, vos lo habeis dicho; tengo el derecho de imponer las condiciones, vos lo habeis dicho tambien; así que vos no podeis negaros á aceptar el desafío, sin pasar por la afrenta de que os llamen cobarde. El pundonor que os ha servido tantas veces en vuestros inicuos proyectos, se revuelve hoy contra vos. Esperabais que fuera yo, como tantos otros desgraciados, á servir de blanco á vuestra pistola ó á vuestra espada, y os imaginábais que podríais herirme sin peligro sonriendo, como á esa flor que habeis deshecho ahora mismo; pero os habeis engañado, baron de Rocca.

—¿Sabeis mi nombre? dijo el genovés.

—Si; y no creais que renuncie á mis ventajas. Yo no me bato por hacer gala de bravura ó de generosidad, no; me bato por librar á la marquesa de vuestras persecuciones; me bato porque quiero mataros.

—Vuestra esperanza podrá salir fallida, exclamó el baron, cuya sorpresa se habia cambiado en furor.

—Lo sé; pero cualquiera que sea el éxito del combate, Blanca no tendrá ya que temer vuestras persecuciones, porque tengo tomadas todas mis medidas. Mi testamento está escrito; si sucumbo, hará conocer á toda la Italia la causa de mi muerte; de este modo habré

pagado con mi sangre el derecho de decir lo que sois y se me creerá, porque se sabe que los muertos no calumnian. Antes al contrario, se me compadecerá, porque no tendré envidiosos. Mis mismos enemigos exaltarán mi gloria; vuestra funesta celebridad vivirá unida á la mia en perpétua vergüenza, y sereis considerado siempre como un infame por haberme muerto. Yo habré roto así el yugo que habeis impuesto á la marquesa, y colocada ésta bajo la salvaguardia de la opinion pública, no tendrá nada que temer de vos, y ninguno en adelante tendrá necesidad de morir por defenderla, pues no gozareis del privilegio acordado á los que se creen hombres de honor, y podrán negarse á daros una satisfaccion.

—¡Basta, basta! exclamó el baron, que no podia contenerse; es preciso que uno de los dos muera: venid.

—Estoy dispuesto, caballero.

Los dos dieron un paso hácia la puerta: Celini les detuvo.

—No os batireis, señores, sin testigos, dijo; con tales condiciones, sobre todo, es imposible.

—Vos sereis mi testigo, contestó Alfieri; que el señor baron se busque uno.

—Voy allá.

—Dentro de una hora, en la fuente, caballero.

—Estaré allí antes que vos.

Celini y el baron salieron.

IV.

Cuando Alfieri se encontró solo, una especie de desfallecimiento moral se apoderó de él. La partida de muerte estaba empeñada: dentro de una hora la muerte iba á decidir. Aprovechó este último plazo en lanzar una mirada á su pasado y pensar en Blanca.

El relato de Celini debía hacerle creer que era amado; pero ¿era bastante esta incierta creencia en el momento de morir? Por otra parte, ¿estaba él seguro de que su amigo no habia tomado la expresion del temor por la de un interés mas tierno? ¿Habia querido alejarle la marquesa del peligro por amor ó solamente por piedad? ¡Ah! él no podia esclarecer esta duda. Seguro de ser amado, hubiese afrontado con mas tranquilidad el lance, y la solemnidad lúgubre de aquella hora se hubiese esclarecido con la alegría de tal certeza.

Entregado estaba á estos pensamientos, cuando la marquesa entró en el salon con un libro en la mano. Al ver al conde se detuvo cortada y enrojecida; pero repeniéndose al instante,

—Estaba con vos, dijo ella, mostrando el libro que leia.

Alfieri reconoció el último volumen de poesías que habia publicado.

—Vuestros libros, señor conde, replicó ella, no son como los demás, tonterías que se toman como recurso para distraerse, sino que son amigos con los cuales se comparten todas las emociones, y á los cuales no se puede dejar.

—Tambien soy celoso de eso, señora.

—¿Celoso de vuestros libros?

—Sí; porque á ellos es á quienes se ama, y no á mí; antes de conocerme se me busca en mis obras, se me adivina á través de mis poesías, se me sueña parecido á los héroes, á quienes hago hablar; y despues, cuando se ve parecer á un hombre igual á los demás, se admiran, se alejan, y el ídolo cae de la altura á la cual se le habia levantado. Vos misma, añadió, el que os gusta no es el hombre, es el poeta; vos amais mis versos y hui de mi presencia.

La marquesa quiso hablar.

—¡Oh! no lo negueis, señora, continuó Alfieri; vos hui de mí, y sin embargo, parece que me habeis comprendido. Hace un instante he creído que habia tocado vuestro corazón; ¡ah! entonces he amado mi gloria y he sido feliz con pensar que esta os podria servir de adorno... ¿Por qué me habeis dejado alimentar esta halagadora esperanza?...

La marquesa se mostró conmovida; habia tanto ruego en la voz del conde, tantas caricias en sus miradas, que se sentia como fascinada; quiso responder, y no pudo hacer otra cosa que balbucear algunas palabras que acabaron por espirar en su garganta.

—¡Ah! habládme, replicó el conde, que cogió sus manos y las llevó con trasporte á sus labios; ¿por qué ese temor? ¿por qué ese desasosiego? Ya sabeis vos que os amo; pues bien, si este amor no os es odioso, ¿por qué os negais á confesármelo? ¿por qué privarme de esa dicha, la última quizá que podré gozar?

—¿Qué decis?

—¿Quién conoce los designios de Dios? ¿no sabeis la predicción que se me hizo?

—¡Oh! no la recordeis.

—Y si ella debiera realizarse, si por casualidad os vieses en este instante por la última vez... A los moribundos se les otorga todo; ¿me negariais una mirada para hacerme feliz?... ¡Blanca! ¡ah! vos temblais... ¡Dios mio! una palabra, ¡sola una palabra! Blanca, ¿me amais?

—¡Y me lo pregunta! murmuró deshecha en lágrimas y ocultando su rostro entre sus manos.

—Alfieri arrojó un grito de alegría.

—Es verdad: ella me ama. ¡Gracias, Dios mio! ¡Blanca, querida Blanca!

—¡Ah! ¿por qué me habeis hecho hablar, dijo ella, si vos sabiais?...

—Nada: yo no quiero saber nada, sino que tú me amas. Yo no quiero que tú llores, yo no quiero que tú tiembles... tú me amas... ¡oh! ahora, que mi suerte se cumpla.

El reloj sonó; el conde se estremeció.

—Adios, Blanca, dijo él estrechando á la jóven contra su pecho, y dándole un beso; adios.

Y desprendiéndose de sus brazos, salió precipitadamente del salon.

La marquesa se quedó inmóvil y entregada enteramente en el primer instante á la emocion que se experimenta y se sucede á una declaracion, y al vago temor de las desgracias que sin duda iban á resultar; pero bien pronto la turbacion del conde hirió su pensamiento, y al preguntarse el por qué habia huido de una manera tan precipitada, una sospecha horrible atravesó por su espíritu.

Corrió al jardin; Alfieri no estaba allí: preguntó por Marliano, y le dijeron que estaba ausente; su corazón latió con tal fuerza, que parecia quebrarse: subió á la habitacion del conde sin saber lo que hacia, y entró: estaba vacía; se precipitó hácia el balcon... En este momento se oyó un pistoletazo; ella arrojó un grito y se apoyó desvanecida en la pared; casi al mismo tiempo apareció Celini á la entrada del *parterre*, gritando:

—¡Un médico!...

Blanca sintió que la tierra se removía bajo sus piés; estendió los brazos para sostenerse, y quiso dejar la ventana; pero de repente un ruido de pasos sonó en la escalera, una voz se hizo oír; la puerta de la cámara se abrió bruscamente.

¡Era Alfieri!

CARMELO CALVO Y RODRIGUEZ.

MELODIA.

¡Que si te amo!... De corrida
Trás la tuya va mi suerte,
Lo mismo que va la vida
Trás la muerte.

¿Que si tu mirada amante
Causa mi afán?... Ay! no sé....
Mas luz que brilla un instante,
Para qué?.....

¿Que si eres gentil?... La calma
Me roba tu movimiento;
¿Pero qué vale una palma
Contra el viento?

¿Sonríes?... Pues de la aurora
La luz en tus labios arde....
¡Lástima que llegue la hora
De la tarde!

¡Oh! ¡cuán bellos los colores
De tus mejillas rosadas!....
¡Ay, mi bien! ¡mira estas flores
Marchitadas!

¿Que ante tus cabellos cedan
De mi inquietud las congojas?
Pues los árboles ¿no quedan
Sin las hojas?

¡Todo á la muerte sujeto!....

Mas no te angustie el temor:

¿Quieres saber el secreto

De mi amor?

Es que embriagado respiro

De tu alma pura la esencia;

¡Es que tan solo en tí miro

Tu inocencia!....

VALENTINO.

BESANÇON.

En el año 364, antes de Jesucristo, el emperador Juliano escribia al filósofo Máximo lo siguiente: «*Bison-tio* es una pequeña villa donde nuevamente se han hecho grandes reparaciones: anteriormente era una gran ciudad adornada de templos magníficos, fuerte por sus inespugnables murallas y su elevada posición natural, y rodada por el rio Doubs. Se asemeja á una roca en medio de la mar, inaccesible hasta á los mismos pájaros, etc...»

Esta villa, fué en efecto, la metrópoli de la gran *Se-quannaise*, bajo el imperio romano. Más tarde fué devastada por los Burgundos y en 937 por los Húngaros. Desde 1184 hasta 1664 formó parte del imperio de Alemania, y ocupada por los españoles en tiempo de Carlos V; pero en 1668 la capital del Fraco-Condado fué tomada por Luis XIV, y desde 1674 pertenece á la Francia.

Hoy día es capital del departamento de Doubs; cuenta próximamente 53.000 habitantes y en ella nació Carlos Nodier y el célebre Victor Hugo, príncipe de los poetas franceses.

GEROGLIFICO.

LO LO Y LO LO



AVISO.

Varios de nuestros suscritores nos preguntan si tenemos colecciones completas, y debemos advertirles que para complacer á nuestros favorecedores, hemos hecho una nueva tirada de algunos números que faltaban, lo que ponemos en conocimiento de aquellos que lo desean.

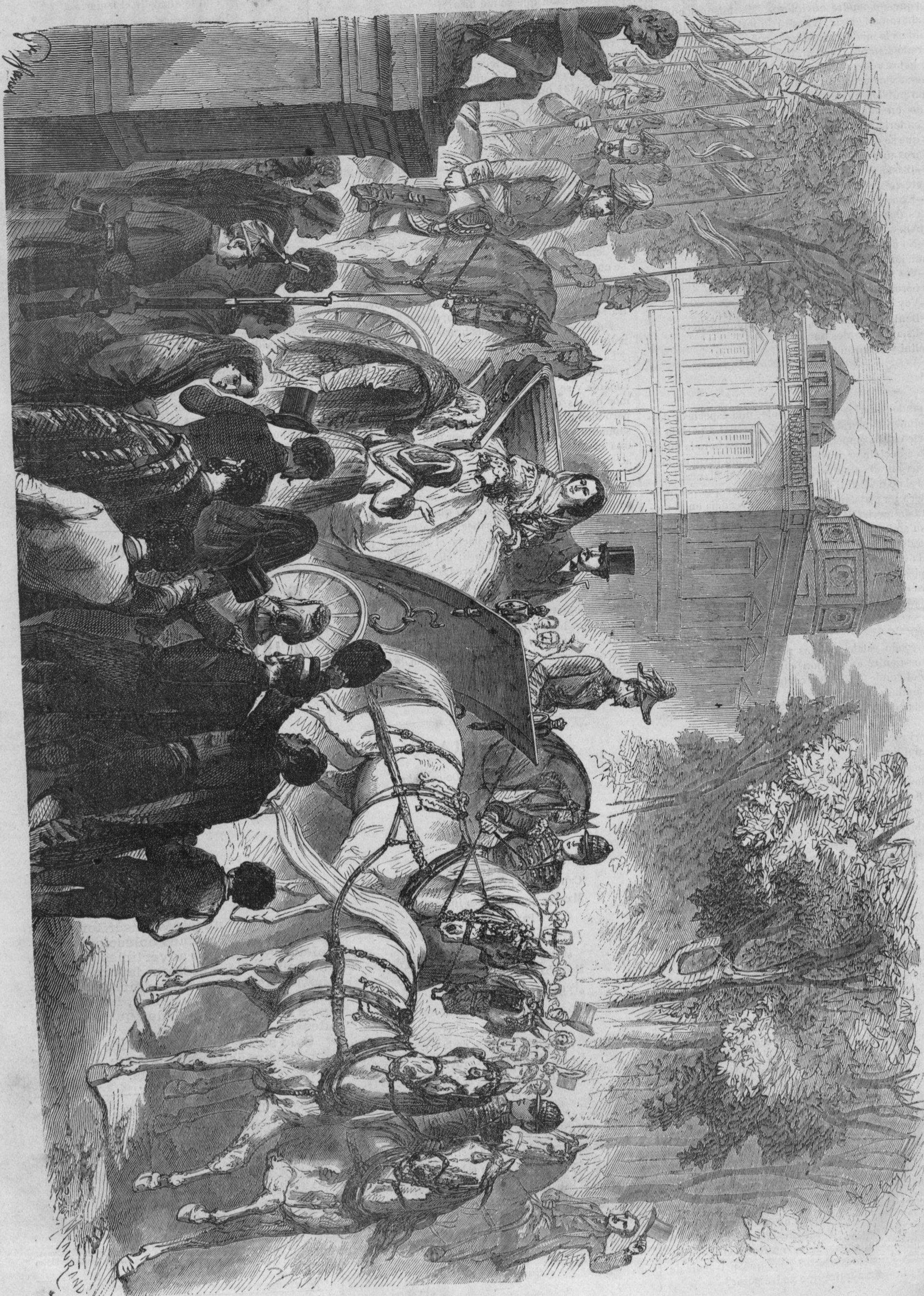
Solo se servirá todo pedido que venga acompañado del importe en sellos de correos, ó en libranzas.

CORRESPONDENCIA DE «EL PERIÓDICO ILUSTRADO.»

D. N. S. P., de Oruña.—Recibidos los sellos.
D. G. B., de Ciudad Real.—Id., id.
D. N. C. de G., de Montevideo.—Recibido el resto en sellos; puede mandar los artículos, que se publicarán si es posible.
D. G. M. A., de Vigo.—Recibidos los sellos para dos suscripciones.
D. B. P., de Lopera (Jaén).—Recibido el importe de las tres renovaciones y servido.
D. B. M., de Torrejón de Gimeno.—Queda renovada su suscripcion.
D. G. E., de Orotava.—Id., id.
D. B. M., de Montevideo.—No es culpa nuestra; reclame Vd. á esa administración de correos: sin embargo por hoy se lo mandan los números pedidos.
D. A. B., de Toledo.—Id., id., id.
D. B. B., de Valencia.—La suscripcion al «Petit Journal» es 4 rs. mes. Le mandamos la coleccion, y queda Vd. suscrito por un año al Periódico Ilustrado.

Propietario y editor responsable PEDRO AUGUSTO LAMARCA Y REBE.

MADRID. 1865.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal.



UN PASEO, EN DIA DE GALA, DE S. M. LA REINA Y SU AUGUSTO ESPOSO.